



ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2021
ISSN 1130-1082
E-ISSN 2340-1370

34

SERIE II HISTORIA ANTIGUA
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

UNED



ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2021
ISSN 1130-1082
E-ISSN 2340-1370

34

SERIE II HISTORIA ANTIGUA
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

<https://dx.doi.org/10.5944/etfi.34.2021>



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

La revista *Espacio, Tiempo y Forma* (siglas recomendadas: ETF), de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, que inició su publicación el año 1988, está organizada de la siguiente forma:

- SERIE I — Prehistoria y Arqueología
- SERIE II — Historia Antigua
- SERIE III — Historia Medieval
- SERIE IV — Historia Moderna
- SERIE V — Historia Contemporánea
- SERIE VI — Geografía
- SERIE VII — Historia del Arte

Excepcionalmente, algunos volúmenes del año 1988 atienden a la siguiente numeración:

- N.º 1 — Historia Contemporánea
- N.º 2 — Historia del Arte
- N.º 3 — Geografía
- N.º 4 — Historia Moderna

ETF no se solidariza necesariamente con las opiniones expresadas por los autores.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA
Madrid, 2021

SERIE II - HISTORIA ANTIGUA N.º 34, 2021

ISSN 1130-1082 · E-ISSN 2340-1370

DEPÓSITO LEGAL M-21037-1988

URL: ETF II · HISTORIA ANTIGUA · <http://revistas.uned.es/index.php/ETFII>

DISEÑO Y COMPOSICIÓN

Carmen Chincoa Gallardo · <http://www.laurisilva.net/cch>

Impreso en España · Printed in Spain



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua (ETF/II) es la revista científica que desde 1988 publica el Departamento de Historia Antigua de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). ETF II está dedicada a la investigación en Historia Antigua y en disciplinas afines como la Arqueología, la Epigrafía, la Numismática o la Historiografía y acoge trabajos inéditos de investigación, en especial artículos que constituyan una aportación novedosa, que enriquezcan el campo de estudio que abordan y que ofrezcan una perspectiva de análisis crítico. Va dirigida preferentemente a la comunidad científica, investigadora y universitaria, tanto nacional como internacional, así como a todas las personas interesadas por el conocimiento de las Ciencias de la Antigüedad en general y de la Historia Antigua en particular. Su periodicidad es anual. ETF II facilita el acceso sin restricciones a todo su contenido desde el momento de su publicación en edición electrónica.

Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua (ETF/II) (*Space, Time and Form. Serie II*) is a peer-reviewed academic journal published from 1988 by the Department of Ancient History at the School of Geography and History, UNED. ETF II it's devoted to the study of Ancient History and related disciplines as Archaeology, Epigraphy, Numismatics and Historiography. The journal welcomes previously unpublished articles, particularly works that provides an innovative approach, contributes to its field of research, and offers a critical analysis. It is addressed to the Spanish and international scholarly community, as well as to all person interested in Ancient History. It is published annually. The journal provides open access to its content, freely available electronically immediately upon publication.

Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua está registrada e indexada entre otros, por los siguientes Repertorios Bibliográficos y Bases de Datos: LATINDEX, DICE, ISOC (CINDOC), RESH, IN-RECH, DIALNET, E-SPACIO UNED, CIRC 2.0 (2016), MIAR 2016, CARHUS 2014, Fuente Academica Premier, L'Année philologique, Periodicals Index Online, Ulrich's, SUDOC, ZDB, DULCINEA (verde), REDIB y en Directory of Open Access Journals (DOAJ).

EQUIPO EDITORIAL

Edita: Departamento de Historia Antigua, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Editor: Miguel Ángel Novillo López, UNED.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Almudena Alba López, UNED

María de los Ángeles Alonso Alonso, UNED

Fernando Bermejo Rubio, UNED

Javier Cabrero Piquero, UNED

Adolfo Domínguez Monedero, Universidad Autónoma de Madrid

Pilar Fernández Uriel, UNED

Jorge García Sánchez, Universidad Complutense de Madrid

Raúl González Salinero, UNED

Lázaro Lagostena Barrios, Universidad de Cádiz

Irene Mañas Romero, UNED

María Luz Neira Jiménez, UC3M

Miguel Ángel Novillo López, UNED

Sabino Perea Yébenes, UNED

José Carlos Saquete Chamizo, Universidad de Sevilla

Michele Trannoy, Université Paris-Sorbonne (Paris IV)

COMITÉ CIENTÍFICO

Immacolata Aulisa, Università degli Studi di Bari Aldo Moro

Piero Bartoloni, Istituto per la Civiltà Fenicie e Punica

José d'Encarnação, Universidade de Coimbra

Gian Luca Gregori, Sapienza Università di Roma

Jean Paul Morel, Université de Provence

Milagros Navarro Caballero, Université Bordeaux-Montaigne, Institut Ausonius

DIRECTORA DE ETF SERIES I–VII

Yayo Aznar Almazán, Decana Facultad de Geografía e Historia, UNED

SECRETARIO DE ETF SERIES I–VII

Julio Fernández Portela, Departamento de Geografía, UNED

GESTORA PLATAFORMA OJS

Carmen Chíncoa Gallardo

COMITÉ EDITORIAL DE ETF SERIES I–VII

Carlos Barquero Goñi, Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas, UNED; Enrique Cantera Montenegro, Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas, UNED; Pilar Díez del Corral Corredoira, Departamento de Historia del Arte, UNED; Carmen Guiral Pelegrín, Departamento de Prehistoria y Arqueología (Arqueología), UNED; Patricia Hevia Gómez, Departamento de Prehistoria y Arqueología (Arqueología), UNED; Luíza Iordache Cârstea, Departamento de Historia Contemporánea, UNED; M.^a Luisa

de Lázaro Torres, Departamento de Geografía, UNED; David Martín Marcos, Departamento de Historia Moderna, UNED; José Antonio Martínez Torres, Departamento de Historia Moderna, UNED; Íñigo García Martínez de Lagrán, Departamento de Prehistoria y Arqueología (Prehistoria), UNED; Álvaro Molina Martín, Departamento de Historia del Arte, UNED; Francisco Javier Muñoz Ibáñez, Departamento de Prehistoria y Arqueología (Prehistoria), UNED; Rocío Negrete Peña, Departamento de Historia Contemporánea, UNED; Miguel Ángel Novillo López, Departamento de Historia Antigua, UNED.

CORRESPONDENCIA

Revista *Espacio, Tiempo y Forma*
Facultad de Geografía e Historia, UNED
c/ Senda del Rey, 7
28040 Madrid
e-mail: revista-etf@geo.uned.es

SUMARIO · SUMMARY

11 Artículos · Articles

- 13 SOLEDAD MILÁN QUIÑONES DE LEÓN
Redes de contacto e intercambios entre Anatolia, el Egeo y la isla de Creta en el Bronce Antiguo
Interactions and Mobility within the Eastern Mediterranean Area and Crete in the Early Bronze Age
- 33 JOSÉ LUIS ALEDO MARTÍNEZ
Cirenaica durante la coyuntura post-alejandrina
Cyrenaica during the Post-Alexandrian Conjuncture
- 53 ENRIQUE GIL ORDUÑA
Rusaddir-Akros: una valoración del antiguo enclave de Melilla
Rusaddir-Akros: An Assessment of the Ancient Site of Melilla
- 89 MARCELO EMILIANO PERELMAN FAJARDO
El estatus dependiente del colono romano en los contratos de arrendamiento: análisis de las fuentes jurídicas
The Dependent Status of the Roman Tenant in the Lease Agreements: Analysis of the Legal Sources
- 109 PILAR FERNÁNDEZ URIEL
Análisis de una personalidad femenina de la dinastía Flavia: Julia Flavia Titi
Analysis of a Female Personality of the Dynasty Flavia: Julia Flavia Titi
- 129 MILAGROS MORO IPOLA
El uso de la imagen de niños y adolescentes en la numismática romana de época imperial. Algunos casos
The Use of the Image of Children and Teenagers in the Roman Imperial Coinage. Some Cases
- 157 FERNANDO BLANCO ROBLES
Las fórmulas epigráficas *pius (in) suis et carus (in) suis*, ¿indicadores de dependencia personal?
Are the Epigraphic Formulas *pius (in) suis et carus (in) suis*, Indicators of Personal Dependence?

- 181 NARCISO SANTOS YANGUAS
La dedicatoria a Evedutonio Barciaeco y las explotaciones auríferas del distrito romano de Naraval (Tineo, Asturias)
The Dedicatory to Evedutonivs Barciaecvs and the Golden Explotations of the Roman District of Naraval (Tineo, Asturias)
- 199 BRUNO P. CARCEDO DE ANDRÉS
Epigrafía de Cubillejo de Lara (Burgos)
Epigraphy from Cubillejo de Lara (Burgos)
- 219 MARIO LORENTE MUÑOZ
La «Peste de Cipriano»: la primera gran pandemia de la Antigüedad Tardía (249-270)
The «Cyprian Plague»: The First Great Pandemic of the Late Antiquity (249-270)
- 243 ALMUDENA ALBA LÓPEZ
Libertad religiosa y libertad del acto de fe: el arbitraje de Constantino en los primeros conflictos cristianos de su tiempo (311-324)
Religious Freedom and Freedom of Faith: Constantine's Arbitration in the Early Christian Conflicts of his Time (311-324)
- 263 ALEJANDRO DEL VALLE
Psicología histórica y materialismo histórico: la categoría «valor», obstáculos epistemológicos y la propuesta estructuralista
Historical Psychology and Historical Materialism: The Notion of «Value», Epistemological Obstacles and the Structuralist Proposal
- 287 **Libros · Books**
- 289 CASADO RIGALT, Daniel: *Iberia colonizada. Revisión y síntesis de la protohistoria peninsular* (MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ)
- 293 IRIARTE, Ana: *Feminidades y convivencia política en la antigua Grecia* (REBECA ARRANZ SANTOS)
- 297 FERNÁNDEZ VEGA, Pedro Ángel: *La sombra de Aníbal: liderazgo político en la República clásica* (MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ)
- 301 LE BOHEC, Yann: *La vie quotidienne des soldats romains à l'apogée de l'Empire, 31 avant J.-C. – 235 après J.-C.* (SABINO PEREA YÉBENES)

- 305 ANDREU PINTADO, Javier (ed.): *PARVA OPPIDA. Imagen, patrones e ideología del despegue monumental de las ciudades en la Tarraconense hispana (siglos I a. C.-I d. C.)* (JOSÉ MARÍA CARRASCO LÓPEZ)
- 309 MORO IPOLA, Milagros: *Cosas de la edad: la adolescencia en la antigua Roma* (MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ)
- 313 DE LA ESCOSURA BALBÁS, María Cristina – DUCE PASTOR, Elena – GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, Patricia – RODRÍGUEZ ALCOCER, María del Mar – SERRANO LOZANO, David (eds.): *Blame it on the Gender. Identities and transgressions in Antiquity* (UNAI IRIARTE)
- 319 NIETO IBÁÑEZ, Jesús María, *Historia antigua del cristianismo* (FERNANDO BERMEJO RUBIO)
- 327 RESTA, Mario: «Cristo vale meno di un ballerino?» *Danza e musica strumentale nel vissuto dei cristiani di età tardoantica* (RAÚL GONZÁLEZ SALINERO)
- 331 SERRANO MADROÑAL, Raúl: *Los circunceliones: fanatismo religioso y descontento social en el África tardorromana* (ESTHER SÁNCHEZ MEDINA)
- 335 Normas de publicación · Authors Guidelines

ARTÍCULOS · ARTICLES

LA «PESTE DE CIPRIANO»: LA PRIMERA GRAN PANDEMIA DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA (249-270)

THE «CYPRIAN PLAGUE»: THE FIRST GREAT PANDEMIC OF THE LATE ANTIQUITY (249-270)

Mario Lorente Muñoz¹

Recibido: 23/02/2021 · Aceptado: 28/04/2021

DOI: <https://dx.doi.org/10.5944/etfii.34.2021.28854>

Resumen

En este trabajo se pretende hacer un recorrido histórico por los principales episodios epidémicos que asolaron el mundo antiguo desde el 5.000 a.C. hasta los inicios de la tardo-antigüedad (siglo III d.C.). Centrando, especialmente, nuestro foco de atención en la conocida como «Peste de Cipriano»; una gran plaga, que devastó el Imperio romano entre los años 249 a 270, y de la que fue testigo fiel y directo de los hechos el obispo norteafricano y mártir Cipriano de Cartago.

Palabras clave

Peste de Cipriano; Siglo III; Cipriano de Cartago; Epidemias; Mundo antiguo

Abstract

This paper aims to provide a historical overview of the main epidemic episodes that devastated the ancient world from 5000 BC to the beginning of the Late Antiquity (3rd century AD). Our focus is especially on the so-called «Cyprian Plague», a great plague, that devastated the Roman Empire between 249 and 270, and to which the North African bishop and martyr, Cyprian of Carthage, bore faithful and direct witness.

Keywords

Cyprian Plague; Third century; Cyprian of Carthage; Epidemics, Ancient world

1. Universidad de Murcia. C. e.: mario.lorentem@hotmail.com

.....

ANTECEDENTES EPIDÉMICOS PREVIOS A LA «PESTE DE CIPRIANO EN LA ANTIGÜEDAD»

Recientemente, en pleno siglo XXI, nos hemos encontrado viviendo una situación catastrófica con un pequeño punto de similar parangón con las grandes pestes ocurridas a la humanidad en tiempos arcaicos. El Covid-19 nos ha hecho sentir, de nuevo, el miedo a la muerte, la sensación de recordarnos cada día que estamos vivos y, sobre todo, la enorme exposición a patógenos invasores de la humanidad en la naturaleza que pueden hacer que nuestra vida deje de existir en un solo segundo.

Este conjunto de sentimientos encontrados en este confinamiento también fueron sentidos en algún momento por nuestros antepasados, dado que, al igual que nosotros, desde la Antigüedad la civilización humana se ha encontrado expuesta a todo tipo de «pestes» que han condicionado el alza y caída de imperios y que se han llevado por delante un sinnúmero de vidas humanas.

En realidad, todas las generaciones humanas viven expuestas a posibles agentes infecciosos invasores. Sin embargo, todos ellos no siempre se acaban manifestando. Por ello, la realización de un recorrido histórico por las principales epidemias del mundo antiguo, hasta el siglo III, y, en especial, la vivida por Cipriano de Cartago, nos permitirán observar, desde un enfoque social y antropológico, cuáles fueron algunas de las respuestas de la humanidad clásica a sus respectivas grandes encrucijadas biológicas mortales, y, de alguna manera, extraer de las fuentes que recogen sus pestes enseñanzas aplicables a nuestros modos de vida y de convivencia actuales, útiles para nuestro buen desenvolvimiento y comprensión.

Ya desde época antigua, los grandes literatos conocían el término «peste» y lo utilizaban para definir a cualquier tipo de epidemia, o plaga, que tuviese una naturaleza patogénica concreta, y cuya reproducción afectase a una amplia mayoría de población, ocasionando sobre ella un gran número de muertes y miedo².

Las respuestas que se solían dar a su origen iban siempre dirigidas al deseo de los dioses de castigar a la humanidad por no haber seguido sus deseos, o por haberse desviado en el correcto carácter religioso-mágico del paganismo. Por ello, para conseguir de nuevo el beneplácito de las divinidades resultaba preciso tomar medidas públicas para atraer de nuevo su confianza, como destinar banquetes en su honor, o construir templos que llevasen sus nombres³.

Las primeras evidencias en la historia de epidemias mortíferas las encontramos hacia el 5.000 a.C., y solo conocemos de ellas que eran transmitidas por caracoles, mosquitos y moscas, que servían de vectores de la enfermedad, debido al contacto

2. ALFANI, Guido & MURPHY, Tommy, E: «Plague and lethal epidemics in the pre-industrial world», *The Journal of Economic Studies*, LXXVII, 1 (2017), p. 315.

3. CÉBE, Jean-Pierre: «Les lectiscernes republicains», dans LAURENS, Annie-France: *Entre hommes et dieux: le convive, le héros, le prophète*, Paris, Les Belles Lettres, 1989, pp. 27-40.

cercano, que mantenían con las personas, y que tenían diferentes estadios de transmisión, entre ellos los huevos de estos parásitos, los cuales contaban con una amplia esperanza de vida, que hacía favorable una próspera reproducción de sus infecciones en sus contactos más próximos⁴.

Igualmente, en la *Torá* hebrea podemos apreciar la narración de algunos frentes epidemiológicos conocidos como pestes. Sin embargo, se conocen con un mayor detalle los acaecidos en Egipto, llamados, históricamente, como la «Plaga de los faraones».

Hacia el 1900 a.C., en papiros asirios, babilonios y egipcios aparece, por primera vez, descrita la enfermedad de la hematuria⁵, ocasionada, muy posiblemente, por la infección de las aguas del río Jericó por un caracol o un platelminto⁶, encargado de transmitir la enfermedad por medio de sus huevos, cuando sus aguas eran empleadas en la irrigación de los canales de riego,⁷ o en el uso doméstico habitual. El resultado habitual, entre los afectados, era que los huevos del caracol o platelminto se acumulaban en diversos órganos de su víctima hasta conseguir evitar que pudiese fluir la sangre por ellos, ocasionándole la muerte, así como la liberación de una sustancia exógena al organismo humano que el cuerpo intentaba expulsar, pero que provocaba que los huevos se desplazasen por diversas áreas del organismo rápidamente. Entre los principales síntomas se encontraban tos, fiebre, escalofríos, presencia de pústulas en la piel y erupciones, así como la hinchazón del vientre. Todavía hoy sigue sin haber cura para esta enfermedad.

La siguiente enfermedad que asoló a la humanidad es la relatada por las fuentes que sufrieron los filisteos, a consecuencia de un castigo divino al pueblo hebreo por haberse apoderado del Arca de la Alianza, y también a consecuencia de los pecados cometidos por el rey David⁸; una peste difícil de precisar, debido a los numerosos interrogantes de interpretación que nos transmiten las fuentes.

Con mayor certeza conocemos la «Peste de los hititas», cuya existencia nos es transmitida a través de fuentes de Mursili I, que gobernó entre los años 1340 y 1310 a.C., sobre todo himnos y plegarias, en los que se narra que la pestilencia afectó a todas las clases sociales por igual, y que estuvo vigente durante veinte años⁹, debido a la ira de los dioses por la mala gestión de su gobernante¹⁰ y, con aún más precisión en época griega la «Peste ateniense»; una plaga que se dio en Etiopía, en torno al año 430 a.C. y que se desplazó a Egipto y llegó al puerto de El Pireo por el Mar Negro en plena Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta.

4. SHERMAN, Irwin, W: *The power of plagues*, California, ASM Press, 2006, p. 90.

5. Enfermedad que ocasionaba la aparición de sangre en la orina o heces.

6. Gusano.

7. SHERMAN, Irwin, W: *Op. Cit.*, p. 94.

8. Samuel, II, 24, 15.

9. BERNABÉ PAJARES, Alberto & ÁLVAREZ-PEDROSA NÚÑEZ, Juan Antonio: *Historia y leyes de los hititas: textos del Reino Medio y del Imperio Nuevo*, Madrid, Editorial Akal, 2000.

10. ARCHI, Alfonso: «La peste presso gli ittiti», *Parola del Passato*, 171 (1978), pp. 81-89.

Duró dos años y mató, según Irwin Sherman, al 14% de la población ateniense, entre ella a Pericles¹¹. Entre los grandes clásicos griegos que se hacen eco de esta pandemia, contamos con Hipócrates, quien en su libro I *Sobre la medicina antigua*, habla de una peste, nunca antes vista en su dureza, que mataba a muchas más personas que cualquier otra enfermedad, y lo hacía más rápidamente que cualquier otra afección anteriormente conocida¹²; la narración de Diodoro de Sicilia, que habla de que en Atenas morían a causa de la peste, un tercio de la población¹³; y también el relato de Tucídides¹⁴ en el que el historiador dice lo siguiente:

«Viendo lo rápido y abrupto que eran los cambios de fortuna, que llegaban a los ricos, que morían repentinamente, y a los pobres, que antes no tenían dinero, la gente comenzó a aventurarse abiertamente en actos de autocomplacencia, que antes solían mantener en la oscuridad... Ningún miedo a Dios o a la ley del hombre tenía una influencia restrictiva. En cuanto a los dioses, parecía ser lo mismo, si se les adoraba o no, cuando se veía que lo bueno y lo malo, moría indiscriminadamente».

Este suceso tan dramático se pudo deber, como afirma Bryant Just, a la falta de responsabilidad pública que existía en torno al cuidado de los individuos en las ciudades¹⁵, al hacinamiento de los refugiados en chozas improvisadas¹⁶, y a la poca capacidad de prevención y de tratamiento que poseían los gobiernos para intervenir ante la llegada de nuevas enfermedades¹⁷. De hecho, el propio Tucídides¹⁸, con un cierto sentido literario exagerado, se hace eco de la poca conciencia social que tenían los atenienses para hacer frente a las enfermedades:

«Se infectaron al amamantarse unos a otros, y murieron como ovejas. Y esto causó la mayor mortalidad. Porque, si, por un lado, estaban frenados por el miedo de visitarse unos a otros, los enfermos perecían sin ser atendidos, por lo que muchas casas se quedaban vacías por la falta de alguien, que se ocupara de la enfermería. Y, si, por el contrario, visitaban a los enfermos, perecían en un salvaje desorden. Los cuerpos de los difuntos yacían uno sobre el otro, y, la gente medio muerta se revolcaba por las calles, en su anhelo de agua, cerca de todas las fuentes. Y, los templos, en los que se habían acuartelado, también estaban llenos de cadáveres, de los que habían muerto en ellos.

Como podemos apreciar, el miedo hizo de la gente que se volviese insolidaria hacia sus vecinos y despertó dentro de ella los instintos más primarios de supervivencia. De hecho, la visión de las piras funerarias ardiendo llenas de cadáveres atemorizó tanto al ejército espartano, asentado fuera de la muralla de

11. SHERMAN, Irwin, W: *Op. Cit.*, p. 111.

12. *Iliada*, I, 2.

13. Diodoro, XII, 58, 4.

14. Tucídides, II, 48-54.

15. JUST, Bryan: «Historic plagues and Christian responses: lessons for the church today?», *Christian Journal for Global Health*, VII, 1 (2020), p. 7.

16. DAGNINO SEPÚLVEDA, Jorge: «¿Qué fue la plaga de Atenas?», *Revista Chilena de Infectología*, XXVIII, 4 (2011), pp. 374-380.

17. FERNGREN, Gary, B: *Medicine and health care in early christianity*, Baltimore, Johns Hopkins University, 2009.

18. Tucídides, II, 51 y 52.

Atenas, esperando la rendición de la ciudad, que los obligó a huir, por miedo a verse ellos mismos contagiados de peste¹⁹.

Entre los principales síntomas de la enfermedad encontramos afecciones digestivas y respiratorias, que llevan a Sherman a asociar esta peste con el tifus²⁰ por la aparición de fiebre, pústulas, o erupción cutánea, y a otros estudiosos, como Le Dantec, a considerar que no pudo tratarse de una peste como tal, dado que sus síntomas no son atribuibles a ningún tipo de enfermedad actual²¹. Nos describe sus síntomas Tucídides²²:

«Primero, sentían un fuerte y excesivo calor en la cabeza; los ojos se les ponían colorados e hinchados; la lengua y la garganta sanguinolentas, y el aliento hediondo y difícil de salir, produciendo continuos estornudos; la voz se enronquecía, y descendiendo el mal al pecho, producía gran toso, que causaba un dolor muy agudo; y cuando la materia venía a las partes del corazón, provocaban un vómito de cólera, que los médicos llamaban apocatarsis».

Y hubo incluso algunos individuos que perdieron la memoria durante un tiempo, tras sufrir la enfermedad²³.

Actualmente, se sigue sosteniendo como posible causa de la enfermedad el tifus, en su origen más arcaico.

Sin embargo, en época griega la peste de Atenas no fue la única epidemia sucedida, aunque sí la más conocida, dado que, con anterioridad, las fuentes literarias recuerdan la existencia de una peste local, también en Atenas en el año 584 a.C. a la que se tuvo que recurrir al sabio Tales de Mileto y que se dice fue sofocada por los ritos de Epiménides de Creta, debido a, según los griegos antiguos, la ira de los dioses²⁴, otra en Agrigento cuando el ejército cartaginés intentaba asediar la ciudad en el año 406 a.C. en la que estalló en un pequeño pantano, un brote de peste, que ha sido identificado con malaria, por la picadura del mosquito *anopheles*, y otra en Siracusa, en el año 396 a.C., donde se ha documentado, igualmente, otro brote de peste del cual no se sabe mayor información, únicamente que los soldados cartagineses, los cuales se encontraban asediando la ciudad morían entre el cuarto y sexto día de ser contagiados, y que la mayoría de las tropas perecían a causa de ella.

Se ha querido ver también en los sacrificios humanos de los cartagineses un intento por parte del pueblo cartaginés, en medio de una plaga, de aplacar la ira de los dioses a los que culpaban de sus enfermedades²⁵.

19. *Ibidem*, II, 57.

20. SHERMAN, Irwin, W: *Op. Cit.*, p. 113.

21. LE DANTEC, Felix Alexandre: «Plague» (trad. W. C. Rucker, P. A. Surgeon, U.S.P.H and M.H.S.). *California State Journal of Medicine*, VI, 7 (1908) p. 239.

22. Tucídides, II, 49, 1-3.

23. *Ibidem*, II, 49, 8.

24. GOZALBES CRAVIOTO, Enrique & GARCÍA GARCÍA, Inmaculada: «Una aproximación a las pestes y epidemias en la antigüedad», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, XXVI (2013), p. 72.

25. *Ibidem*, 68.

Ya en época romana los distintos tipos de plagas se hacen mucho más diversos, en parte gracias a la mayor presencia de fuentes. Por ejemplo, tenemos constancia de que la malaria se convirtió en un problema para el orbe romano a partir del año 350 a.C., fruto de su fuerte contacto comercial con el mundo griego, del que no solo intercambiaron productos, sino también agentes infecciosos ya conocidos por la literatura griega, en *La Iliada*, o en autores, como Sófocles, Hipócrates o Platón²⁶.

La malaria llegó a convertirse en un problema casi anual para Roma y se hizo muy presente en áreas de la Campania, donde se la denominó la «fiebre romana» debido a que sus efectos se hicieron muy notables durante los meses de verano en zonas cercanas a los pantanos a causa de la absorción de sus vapores contaminados, sobre todo, los ubicados al suroeste de Roma y las colonias²⁷; éstas últimas debido a la interrelación comercial de la capital con el puerto de Alejandría, que favorecía la transmisión de la peste, la cual Posidonio atribuía su origen a Etiopía, por su clima seco y sus numerosos insectos²⁸. Sus efectos eran mortales entre las poblaciones más jóvenes y foráneas, cuyos organismos no habían generado una respuesta inmune precisa para hacer frente a la enfermedad, y su alcance no dejó nunca de estar inactivo durante toda la historia de Roma. De hecho, el rey Alarico murió de malaria en el año 410, y la madre de San Agustín, Santa Mónica de Hipona, se contagió de ella en Ostia, de la cual murió tras nueve días de sufrimiento²⁹.

Otras epidemias que asediaron el Imperio fueron la del año 22 a.C., que nos relata Dión Casio, y que atemorizó la Península Itálica³⁰; la del 43 a.C., después de la erupción del Vesubio, que nos transmite también Casio Dión³¹; la del año 65 d.C., que nos relatan Tácito, Orosio y Celso³², y que afectó a todas las clases sociales y edades; la del 78 d.C., según Suetonio³³; la plaga de langosta, relatada por Orosio, que atacó el norte de África en el año 125 d.C.³⁴; y la fiebre semiterciana, o también conocida como «aire malo», originaria de África, sobre la que nos habla Galeno, al decir de ella que era una enfermedad que se daba especialmente en Roma y que la gente la solía ver a diario³⁵.

Un sinnúmero de epidemias, que han quedado en meros sucesos anecdóticos, en comparación con la gran peste antonina del siglo II que hizo temblar la supervivencia del Imperio y que tan bien conocemos gracias a la labor de narrárnosla que precisó Galeno, el gran médico de su época.

26. SHERMAN, Irwin, W: *Op. Cit.*, pp. 114-117.

27. *Idem*, 118-119.

28. Estrabón, XVII, 3, 10.

29. Probo, 14, 7, 909.

30. Dión Casio, LIV, 1, 2.

31. *Ibidem*, XLV, 17, 8.

32. Tácito, XVI, 13; Orosio, VII, 7, 11; Celso, I, 10.

33. Suetonio, *Tito*, VIII.

34. Orosio, V, 11, 2.

35. Galeno, *De Morborum Temporibus*, 7, 435K.

La pandemia se inició, según creían los romanos, por el saqueo de las tropas romanas del templo de Seleucia de Babilonia, en cuyo interior existía un santuario dedicado a Apolo de Pelo Largo, que hizo que se liberase un vapor nocivo que contaminó el aire y llenó de infección y muerte el Imperio³⁶.

Más allá de la ficción de este relato oficial, la peste había sido llevada por las tropas imperiales desde el noroeste, donde se encontraban luchando contra los partos, y pronto se hizo extensible por Asia Menor y toda Europa. Tan solo le hicieron falta 15 años, desde su nacimiento, en el año 165, para llenar de muertes y terror todas las regiones en las que hizo acto de presencia por todo el Imperio³⁷.

La extensión de la peste se conoce gracias a los escritos de Galeno y a Amiano Marcelino, que nos menciona que la peste se hizo extensible desde la tierra de las persas, la zona europea del Rin, y llegó, incluso, hasta las Galias³⁸.

Las primeras narraciones directas del estallido de la enfermedad las conservamos gracias a Elio Arístides, quien escribió una obra llamada *Historias sagradas* en la que relató el paso de la peste por Esmirna³⁹:

«Si alguien intentaba moverse, caía muerto inmediatamente, antes de llegar a la puerta de su casa... Todos estaban llenos de desesperación, gemidos y dificultades de toda índole».

Incluso el propio autor sufrió la enfermedad junto con sus esclavos y fue, además, uno de los pocos que consiguió vencerla gracias, según él, a que en el momento exacto en el que él contrajo la fiebre falleció un joven que ocupó su lugar ante los ojos de la muerte⁴⁰.

Todas las grandes pestes de la Antigüedad se encuentran llenas de narraciones fantásticas que no hacen más que proporcionar un discurso de grandiosidad a sus verdaderos hechos y, de esta circunstancia la Historia romana se encuentra plagada. Por ello, las narraciones de Arístides no son más que el tinte heroico que complementa los hechos verídicos que se dieron en Roma a finales del siglo II. De facto, existen datos de la presencia de la pandemia en Roma un año antes de que las tropas romanas llegasen de Partia⁴¹.

Se estima que la tasa de mortalidad de la epidemia fue de entre el 5 y el 15% de la población global, lo que supuso la muerte de unos cinco millones de personas⁴².

36. HARPER, Kyle: *El fatal destino de Roma: cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*, Barcelona, Crítica, 2019, p. 84.

37. JENKINS, Clinton, PIMM, Stuart, L, and JOPPA, Lucas, N: «Global patterns of terrestrial vertebrate diversity and conservation», *Proceedings of the National Academy of Science*, XXVIII, 110 (2013), pp. E2602-E2610.

38. Amiano Marcelino, XXIII, 6, 24.

39. Elio Arístides, V, 38.

40. *Ibidem*, XLVIII, 44K.

41. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 147.

42. SÁEZ GEOFFROY, Andrés & PARRA DÍAZ, Joel: «De la Peste Antonina a la Peste de Cipriano: alcances y consecuencias de las pestes globales en el Imperio romano, en el siglo III», *Revista Chilena de Infectología*, XXXVII, 4 (2020), pp. 351.

Sin embargo, J.F. Gilliam se muestra mucho más conservador y estima que la mortalidad solo fue de entre un 1 y 2% de la población global⁴³.

Los densos hábitats urbanos unidos a la transformación del paisaje y la creación de sólidas redes de interconexión tanto dentro como fuera del Imperio, así como la presencia de una estabilidad climática sin precedentes con el Óptimo Climático no fueron más que la construcción de un conducto próspero de expansión para la ecología microbiana, como ciertamente afirma Kyle Harper⁴⁴.

Si sumamos, además, a este cúmulo de factores las precarias situaciones en las que se encontraban las líneas de alcantarillado en Roma, el poco mantenimiento de las fosas sépticas, y el enorme cúmulo de gases que emanaban de los centros urbanos, se creó el cóctel sucedáneo global que convirtió a la peste del 165 en una de las pandemias más mortíferas.

En ella incluso murieron dos emperadores; primero, Lucio Vero en el 169, y después Marco Aurelio en el año 180 tras pedir la intervención personal de Galeno⁴⁵. Además, según Orosio, muchas ciudades de Italia y de las provincias quedaron totalmente despobladas⁴⁶. Y tras ella la *pax romana* fue imposible de llevar a la práctica de nuevo. De hecho, justo el mismo año en el que se produjo el estallido de la peste antonina en el Imperio los anales de la historia china documentan por primera vez contacto comercial entre una delegación romana enviada por Marco Aurelio y el gran imperio chino Han; situación, que sirvió para verse cara a cara a las dos grandes potencias del momento⁴⁷.

Es muy probable que la epidemia entrase en Roma procedente del Mar Rojo dado que, según la biografía de Antonino Pío, se produjo una pestilencia en Arabia durante su reinado (138-161), la cual concuerda en el tiempo con esta pandemia, llegada a Roma varios años después, procedente de Asia. De hecho, se conserva una inscripción en la región de Qaran, la cual describe que una pestilencia destruyó la ciudad de Garw cuatro años antes de que la peste antonina llegase a Roma⁴⁸. Por tanto, es bastante probable que el brote de peste del 160 se originase en África, pero llegase a Roma gracias a las rutas comerciales que la conectaban con Arabia. Sin embargo, resulta complicado precisarlo dado que en el fondo la peste pudo haber llegado por diversos focos, gracias al mercado global del que disfrutaba el Imperio. A eso se le ha de sumar que la peste, incluso, afectó a población procedente de las Galias y Germania que se encontraban fuera de los bordes fronterizos de Roma⁴⁹. Y, además, hizo huir al propio médico Galeno de

43. GILLIAM, James Frank: «The plague under Marcus Aurelius», *The American Journal of Philology*, LXXXII, 3 (1961), pp. 225-251.

44. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 89.

45. Galeno, *De Methodus Medendi*, V, 12.

46. Orosio, VII, 15, 5.

47. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 125.

48. *Ibidem*, 128.

49. CHILDS KOHN, George. (Ed.): *Encyclopedia of plague and pestilence: from ancient times to the present (third edition)*, New York, Facts on File, 2008, p. 9.

la ciudad, fruto del miedo a verse contagiado, como bien transmite en su obra *De mis propios libros*, en el año 166⁵⁰.

Tal fue la situación durante la plaga que en el 169 el ejército romano se encontraba diezmado por la peste y en el 172 se encontraba totalmente destruido, según Jerónimo⁵¹.

Se produjeron tal número de muertes durante la gran pestilencia que obligaron a la población a trasladar los cadáveres a otras ciudades para protegerse de los efectos nocivos de tener en la ciudad un inmenso número de cuerpos descomponiéndose. Y este problema no se solucionó con rapidez, dado que la pandemia azotó Roma hasta el año 189, produciéndose un nuevo rebrote que llegó a provocar en la capital 2.000 muertos por día, según Dión Casio⁵², y que afectó a ciudades como Nórico y Egipto, en concreto el delta del Nilo.

Los síntomas de la pestilencia nos los transmite Galeno en su obra *Methodus Medendi*, y en ella nos habla de que los pacientes sufrían altas fiebres, inflamaciones de las manos y el cuello, diarrea, sed y pústulas en la piel durante el noveno día. Sus efectos podían demorarse todo un mes, y hasta el décimo o duodécimo día no aparecían los síntomas. De manera menos habitual los enfermos podían manifestar vómitos, aliento podrido, y tos con sangre. Y, de forma excepcional, al final de la enfermedad, algunos pacientes podían sufrir insomnio y confusión⁵³.

Hoy día se considera bastante probable que la peste antonina hubiese estado provocada por una variante ancestral de viruela, cuya cepa pudo proceder de ratones africanos que entraron en contacto con humanos y que sirvieron de vehículos de la enfermedad aunque los antiguos creían que su origen se encontraba en un miasma⁵⁴. Sin embargo, no ha sido la única hipótesis a la que la historiografía ha llegado, ya que algunos estudiosos han relacionado la peste antonina con peste bubónica y tifus, pese a que los síntomas no son muy similares⁵⁵.

Se transmitía por la inhalación de las gotas expulsadas por el contagiado al toser o hablar, y sus efectos eran muy graves en población joven, la cual no tenía todavía su sistema inmune completamente desarrollado, y en personas ancianas, las cuales presentaban carencias defensivas de su organismo.

Solo las personas de constitución seca tenían más posibilidades de sobrevivir, según Galeno⁵⁶ y, en la mayoría de los supervivientes, sus cuerpos presentaban llagas y gran sequedad⁵⁷.

50. Galeno, *Sobre Mis Libros*, 1.

51. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 128.

52. Dión Casio, LXXII, 14, 3-4.

53. Galeno, *Methodus Medendi*, XII.

54. Contaminación gaseosa venenosa, que inundaba la atmósfera y contagiaba a cualquier individuo, con el que entrase en contacto.

55. KEARNS, Amber Lynn: *A plague in a crisis: differential diagnosis of the Cyprian Plague and its effects on the roman empire in the third century*, The University of Arizona, 2018, p. 32.

56. Galeno, *Methodus Medendi*, V, 12.

57. *Idem*.

Una minoría de casos podían presentar hemorragias y la conversión de la piel a un color mate, lo que suponía una infección rápida de la enfermedad. Si las deposiciones eran oscuras, según Galeno, se presagiaba lo peor, y aquellos que conseguían sobreponerse y vencer a la enfermedad se volvían resistentes a ella⁵⁸, sobre todo aquellos que se encontraban bien alimentados.

En la mayoría de las ocasiones era peor el remedio que la enfermedad, ya que muchos pacientes se sometieron a sangrías o la ingesta de supuestamente plantas curativas que no hicieron más que empeorar su situación. De hecho, hubo un gran número de familias que colocaron amuletos en las puertas de sus casas para espantar la ira divina o que trataban la enfermedad bebiendo la orina de un niño, ingiriendo vinagre o mostaza de Armenia, o bebiendo leche de Estabia⁵⁹.

La pestilencia también hizo que se desplomasen los precios de las tierras, el número de inscripciones realizadas⁶⁰, y que la moneda acabase siendo devaluada a la mitad de su valor anterior, lo que desembocó en una crisis fiscal que obligó al emperador Marco Aurelio a subastar algunos tesoros de palacio para recaudar impuestos⁶¹, y que salieran fuertemente beneficiados los provincianos, los cuales empezaron a obtener importantes puestos de responsabilidad en la administración⁶², pese a abrirse camino, de manera imparable, una enorme crisis económica, que asoló el Estado romano, tras la muerte de Marco Aurelio, y que se convirtió en un elemento permanente a lo largo de todo el siglo III.

Ninguna enfermedad parecía más temible y virulenta, como lo había sido la peste antonina. Sin embargo, el siglo III le deparaba al Imperio romano un cúmulo de debacles económicas, políticas, sociales y culturales, en las que, también, iba a estar presente la crisis sanitaria, puesto que la mayor peste conocida de la antigüedad se iba a abrir paso por el mundo romano en el año 249 y se iba a convertir en uno de los grandes detonantes, para muchos, del desmoronamiento del Imperio romano; no solo por su efecto devastador, diezmando la población a su paso, sino también, porque se convirtió en un acicate para la toma de fuerza del cristianismo; un movimiento religioso, contrario al paganismo del Estado, que nos cuenta en profundidad, como veremos, Cipriano de Cartago.

58. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 139.

59. Galeno, *Methodus Medendi*, V, 12; *De Simplicium Medicamentorum Temperamentis ac Facultatibus*, 9,1,4, y 10, 1, 5.

60. DUNCAN JONES, Richard Phare: «The impact of the antonine plague», *The Journal of Roman Archaeology*, 9 (1996), p. 127.

61. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 148.

62. LO CASCIO, Elio: «Fra equilibrio e crisi», in MOMIGLIANO, Arnaldo & SCHIAVONE, Aldo. *Storia di Roma*, II, 2, Torino, Einaudi, 1991, pp. 701-731.

LA CRISIS DEL ESTADO ROMANO DURANTE EL SIGLO III Y SU RELACIÓN CON LA COMUNIDAD CRISTIANA: MARCO ESPACIO/ TEMPORAL DE LA «PESTE DE CIPRIANO»

Tras el final del siglo II, Roma experimentó la culminación de su histórica edad de oro y puso punto y final a su extendida *pax romana*. Tras ella, se dejaban atrás tiempos en los que la mayoría de los gobernadores romanos habían llevado a cabo políticas eficaces, habían conseguido extender la romanización por todas las áreas conquistadas y se había alcanzado una unidad cultural sin precedentes en todo el Imperio.

La muerte de Marco Aurelio, la llegada al poder de Cómodo y la imposición de su autocracia hicieron pasar al Estado romano de una época dorada en su historia, a una de hierro y óxido, como afirma Dión Casio⁶³, en la que Roma empezó a sufrir un desgaste sin precedentes, tanto en ámbitos políticos con la muerte de Alejandro Severo en el año 235, en el Rin, y el ascenso al poder de un ecuestre del Danubio llamado Maximino, como económicos y sociales, provocados por la enorme disminución demográfica ocasionada por la «Peste antonina» y las múltiples sequías surgidas tras el final del óptimo climático, como las que asolaron Egipto entre el año 244 y 248, según sus archivos⁶⁴, o el alza de los precios y la enorme presión fiscal, que llevaron al Estado romano a devaluar su moneda para hacer frente a la especulación y a la baja productividad en sus territorios, especialmente en las ciudades⁶⁵.

Por si pudiera parecer poco, el Imperio incluso tuvo que soportar los ataques de pueblos bárbaros que deseaban arrebatarse territorios y adentrarse dentro de los confines imperiales. Y, además, la religión pagana había quedado muy debilitada, debido a su nula respuesta humana durante la peste antonina, y estaba empezando a ser sustituida por una nueva corriente religiosa y social que defendía la unidad e igualdad de todos los fieles a ojos de un único dios; concepciones de amor y esperanza, que ninguno de los dioses paganos había proporcionado durante el gran terror de muerte y destrucción que había sufrido Roma desde el año 165.

Tras la «Peste antonina», el Imperio redujo su población, probablemente, un 20%⁶⁶, lo que supuso una disminución demográfica sin precedentes que situó la esperanza de vida entre los 20 y los 30 años, únicamente⁶⁷. Y el Estado comenzó a volverse insostenible, y se empezaron a extender crisis fiscales, que desembocaron

63. Dión Casio, LXXI, 36.

64. *P. Erl.* 18; *P. Oxy.* XLII, 3048; *P. Oxy.* 38.2854.

65. PETIT, Paul: *Histoire générale de l'Empire romain. 2. La crise de l'Empire (des derniers Antonins à Dioclétien)*, París, Seuil, 1978, pp. 34-37 y 231-232.

66. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 148.

67. ECHEVARRÍA, José Manuel: «El fatal destino de Roma: crónica histórica a propósito de algunos libros recientes», *Historia de la virología*, XXI, 1 (2019), p. 20.

en hambrunas, como la que nos menciona Galeno, al hablar de que Roma sufría este tipo de altercados de manera continua, y no durante pocos años, lo que provocaba que los ciudadanos se hiciesen con el trigo de los campos de los campesinos para comer, dejando a éstos últimos sin alimento alguno que llevar a la boca, más que hierbas y ramas⁶⁸.

Igualmente, el ejército se vio mermado debido a que el reclutamiento entre la población se hizo cada vez más difícil, por lo que se tuvo que recurrir a pagar un mayor coste por mantener la unidad y la paz de las fronteras, completamente indispensables para la supervivencia del Estado.

Fue por ello que a partir del siglo III los nuevos emperadores procedieron del rango militar y recibieron el apoyo de sus legiones bajo cuantiosas sumas.

En total se sucedieron veinte emperadores en cuarenta y cinco años y muchos no murieron solo en batalla, sino a manos de sus tropas. Por ello, el verdadero rumbo del Imperio estaba, ahora, en manos del ejército de las provincias fronterizas del *limes* danubiano, a donde se hizo cambiar la capital. De hecho, el ejemplo más claro de esta situación lo tenemos en la dinastía severiana, la cual fundamentó su poder en el apoyo del ejército; piedra angular que se prolongó en el siglo IV⁶⁹ con Diocleciano y Constantino, en sus vanos intentos de reformar el Estado, para conseguir de él, de nuevo, un mayor fortalecimiento⁷⁰ con el que acabar con la ignorancia, la violencia, la corrupción, la servidumbre y la deshonestidad presentes, según Rostovtzeff, durante el siglo III⁷¹, y que desembocaron, para Kovaliov, en la sociedad feudal y en la expansión del colonato⁷².

Sin embargo, pese a existir una crisis generalizada en el Imperio, la ruina total no se hizo nunca efectiva, dado que la contribución fiscal continuó en las ciudades, la producción agrícola nunca paró, la riqueza solo pasó de manos (concentrada ahora entre los ricos), la solidaridad campesina se siguió dando, y las tribus bárbaras orientales y septentrionales, ahora enriquecidas por sus victorias militares, fueron unidas al Imperio⁷³.

Pero, como dice Géza Alföldy, la inestabilidad del sistema político, la alteración de la estructura social imperial y de la propiedad de la tierra entre *honestiores* y *humiliores*, y la decadencia de la moral y las costumbres hicieron que siguiese vigente una crisis generalizada⁷⁴; una situación que, pese a que el Imperio se mantuvo vigente hasta el año 476 d.C., supuso no percibir, en el siglo III, el gran Estado próspero del Alto Imperio, sino una especie de ente errante, enormemente

68. *Historia Augusta, Vita Marci Aurelii*, XXVII, 5.

69. DA SILVA SOARES, Caroline: *Separando a Palha do Bom Grão: autoridade episcopal e disciplina eclesiástica em Cartago segundo o testemunho de Cipriano (século III d.C.)*, Universidade Federal do Espírito Santo, 2016, p. 71.

70. RÉMONDON, Roger: *La crisis del Imperio romano: de Marco Aurelio hasta Anastasio*, Barcelona, Labor, 1967.

71. ROSTOVITZ, Mijail: *Social and economic history of the roman empire*, New York, Oxford University Press, 1926.

72. KOVALIOV, Serguei Ivanovich: *Historia de Roma (3)*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1959.

73. RÉMONDON, Roger: *Op. Cit.*

74. ALFÖLDY, Géza: «The crisis of the third century as seen by contemporaries», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 1, 15 (1974), pp. 89-11

cambiado por la edad, que tuvo que parecer más bárbaro que romano y del que se culpó, como detonante de su crisis, a la comunidad cristiana.

Según Cipriano, «el mundo había envejecido y no poseía el vigor de antaño, ni tampoco la fortaleza ni la vivacidad que rezumaba en su día»⁷⁵. Y para la comunidad pagana solo existía un único culpable: el cristianismo⁷⁶. Por ello, el emperador Decio, nada más ascender al trono, en defensa de los *mores maiorum*, se convirtió en restaurador del culto imperial, realizó un sacrificio apotropaico-medicinal⁷⁷ a favor de la unidad y vitalidad del Imperio⁷⁸, y decretó perseguir, a través de su edicto del año 249, a todos aquellos que no rindiesen culto a los dioses ancestrales paganos, entre ellos a los cristianos⁷⁹.

Bajo esta situación hubo un gran número de cristianos que apostataron, ofreciendo sacrificios a los dioses paganos, quemando incienso en los altares o comprando certificados libeláticos en los que se hacía constar, al interesado, que había asistido a estos sacrificios y, por tanto, quedaba libre de cualquier persecución, incluso, hasta en los escalones más elevados de la cristiandad, como los adquiridos por los obispos Basíldes y Marcial⁸⁰. Sin embargo, también fueron numerosos los que se mantuvieron infranqueables en su religión y llegaron a las últimas consecuencias en la defensa de su fe, incluido el martirio.

Pese a ello, la cuestión con respecto a los libeláticos y apóstatas abrió un debate en la Iglesia que solo pudo sanar Cipriano, obispo de Cartago y mártir africano, quien se había mostrado, al principio, muy duro, en materia de disciplina eclesiástica para/con los fieles descarriados, a los cuales, según Mauren Tilley, tildaba casi

75. Cipriano de Cartago, *Ad Demetrianum*, 3.

76. *Idem*: «dijiste que todas estas desventuras, de las que el mundo está ahora golpeado y atormentado, ocurrirían por nuestra causa, y deberían ser imputadas a nosotros, porque no honramos a vuestros dioses. A este respecto, aunque no conozcáis a Dios, y viváis en las tinieblas de la verdad, debéis saber, en primer lugar, que el mundo ya está envejecido, que ya no se rige por las fuerzas, sobre las que descansaba antes, y que ya no tiene el vigor y la valentía, que tenía hace tiempo. El mundo mismo lo dice, aunque no hayamos hablado y presentado las pruebas admonitorias de las Sagradas Escrituras y las predicciones divinas, y atestigua su paso con la evidente decadencia de todo: ya no hay las lluvias del invierno, tan necesarias para nutrir las semillas, ya no hay el calor habitual para madurar bien las cosechas en verano, ni las primaveras son serenamente vivas por el clima, que les era propio, ni son fructíferas antes del otoño. De las colinas excavadas y atormentadas se extraen cada vez menos tablas de mármol, las minas ya disfrutadas extraen siempre menos plata y oro, y los filones empobrecidos se agotan día tras día; y los campesinos, los marineros en el mar, los soldados en los campos, la rectitud en la vida pública, la justicia en los tribunales, la concordia en las amistades, la habilidad en las actividades prácticas, los buenos principios en las costumbres se ven disminuidos y faltos en los campos. ¿Cree que un organismo, cuya constitución envejece, puede permanecer como la juventud fresca y vigorosa que se manifiesta en él? No puede dejar de debilitar a todo ser que, al acercarse la muerte, declina a su paso definitivo: así, los rayos del sol, al atardecer, dan menos luz y calor, así, la guadaña de la luna menguante se afina hasta desaparecer; y el árbol, una vez verde y rico en frutos, se vuelve estéril, las ramas se secan, y es feo cuando envejece; y la fuente, que con abundantes burbujas desborda las laderas, cuando se debilita por la vejez, manda unas gotas al costo. Es la voluntad de Dios, y es su ley para el mundo, que todas las cosas, después de haber surgido, pasen y lleguen a la madurez, envejezcan, y los fuertes se debiliten, y los grandes se disculpen; y cuando se han vuelto débiles y pequeñas, se agoten».

77. BRENT, Allen: *A political history of early christianity*, New York, T&T Clark, 2009, p. 257.

78. PENNIMAN, John David: ««The health-giving cup»: Cyprian's Ep. 63 and the medicinal power of eucharistic wine», *Journal of Early Christian Studies*, XXIII, 2 (2015), p. 200.

79. LORENTE MUÑOZ, Mario: *Las persecuciones contra cristianos de Decio y Valeriano: dos conflictos generales previos a la Gran Persecución de Diocleciano*, Murcia, Mario Lorente Muñoz Editor, 2020.

80. *Ibidem*: «Estudio de la apostasía en la obra de Cipriano de Cartago: el caso de Basíldes y Marcial, un suceso perteneciente a las persecuciones religiosas». *Historia Digital*, XIX, 33 (2019), pp. 177-206.

de contagiados⁸¹ pero, que, tras la persecución de Decio, comprendió necesario el relajamiento del dogma⁸² y determinó en un concilio celebrado en Cartago en el año 253 que, «como amigos de Cristo»⁸³, todos aquellos que hubiesen participado de los actos paganos tras haber realizado una penitencia serían readmitidos⁸⁴ de nuevo en la Iglesia por el obispo⁸⁵, debido al peligro de sus almas a una inminente nueva persecución en la que pudiesen encontrar la muerte y la condena eterna, sin salvación fuera de la Iglesia⁸⁶, no sin una fuerte oposición rigorista, contraria a la aceptación de los apóstatas dentro de la comunidad cristiana, como lo fueron los heréticos novacionistas.

Cipriano sabía que el fin del mundo, como él lo conocía, estaba próximo. Por ello, cuando Valeriano hizo efectivo su nuevo edicto persecutorio contra los cristianos, en el año 256, en donde obligaba a obispos, sacerdotes y diáconos a sacrificar, bajo pena de exilio, y en el que prohibía la celebración de actos de culto cristianos, bajo pena de muerte, el obispo vio cumplido el sentido de su discurso escatológico⁸⁷, escrito en *De Mortalitate*⁸⁸, y comprendió que la persecución había sido una decisión divina con la que acabar Dios con la corrupción de la Iglesia⁸⁹.

El resultado fue que la fuerza de la espera y la firmeza en la fe de sus fieles florecieron de nuevo, mientras la ruina y el colapso del mundo empezaban a inundar las mentes de todos⁹⁰, especialmente de los pobres, no solo por las políticas anticristianas imperiales, sino también por una gran peste que estaba debilitando la fuerza del Imperio nublando su vista y oído y reduciendo su paz⁹¹.

LA PESTE DEL SIGLO III: EL RELATO DE LA PANDEMIA A TRAVÉS DE LOS ESCRITOS DE CIPRIANO DE CARTAGO

La epidemia surgió en Etiopía, desde donde se extendió a Egipto y al resto de lugares del Imperio⁹², como el Norte de África, Asia Menor, Grecia o Roma, aprovechando la gran interconexión comercial y el movimiento demográfico a gran escala. Algunas de estas evidencias se pueden constatar gracias a las fuentes

81. TILLEY, Maureen, A: *The Bible in Christian North Africa: the donatist world*, Minneapolis, Fortress Press, 1997, p. 37.

82. CAMPENHAUSEN, Hans Von: *Os pais da igreja*, Rio de Janeiro, CPAD, 2011, p. 212.

83. CLIFFORD FREND, William Hugh: «St. Cyprian: Christian theologian and bishop (died 258)», *Britannica*, 2020.

84. Cipriano de Cartago, *De Lapsis*, 16.

85. OLSON, Roger: *Historia de teologia cristã*, São Paulo, Vida, 2001, p. 123.

86. CAMPENHAUSEN, Hans Von: *Op. Cit.*, p. 219.

87. DA SILVA SOARES, Carolline: *Op. Cit.*, p. 84.

88. «Sobre la mortalidad»; sermón enviado por Cipriano a la comunidad cartaginesa, tras la persecución de Decio (249-251), en el que consuela la espera, a los cristianos, del final del mundo pagano, y anima la venida de Cristo a la tierra para salvarlos, una vez concluidas y superadas, por los fieles, todas las pruebas puestas por el Señor todopoderoso, entre ellas la guerra, el hambre, la sequía, o la peste, como la que estaba sufriendo el Imperio desde el año 249; *De Mortalitate*, 2.

89. Cipriano de Cartago, *De Lapsis*, 5-6, 24 ss.

90. Cipriano de Cartago, *Ad Demetrianum*, 20.

91. MURPHY, Edwina: «Death, decay and delight in Cyprian of Carthage», *Scrinium*, 15 (2019), p. 81.

92. Orosio, VII, 21.

escritas, como Dionisio de Alejandría, que nos habla de que en el año 249 la plaga ya estaba haciendo estragos en Alejandría⁹³, y, también, mediante las fuentes arqueológicas, como el hallazgo, por parte de un equipo de arqueología italiano, en Egipto, de un complejo funerario en Harwa y Akhimenru, en la antigua ciudad de Tebas, en el que aparecieron cuerpos humanos apilados, cubiertos de cal, con una clara intención desinfectante, que habían sido quemados en tres hornos por la población para evitar que se extendiese la plaga a mediados del siglo III⁹⁴, o también, otro complejo funerario encontrado en las catacumbas de San Pedro y Marcelino, en Roma, igualmente del siglo III, en el que, además de aparecer los cuerpos apilados y quemados de 1.300 individuos, se han encontrado residuos de ámbar y plata relacionados con intenciones desinfectantes, también, de sus creadores, además de verse ejemplificada una alta condición social de los enterrados en él⁹⁵.

Solo dos años después de su llegada la plaga tomó tierra en Roma, en tiempos del gobierno del emperador Treboniano Galo (251-253)⁹⁶, que vio morir a su propio hijo, Hostiliano, de peste⁹⁷, y no se fue hasta tras quince largos años de causar estragos y miedo entre la población, según Filóstrato de Atenas⁹⁸, puesto que su duración en el tiempo se hace extensible, muy posiblemente, hasta el año 260, momento en el que Galieno vio notablemente diezmado su ejército a causa de la peste⁹⁹, o hasta el año 270¹⁰⁰, con la muerte de los emperadores Claudio II y Aureliano, a causa de esta misma enfermedad¹⁰¹. Además, muchas ciudades llegaron a sufrir su perturbación, incluso, hasta en dos ocasiones, según Kedrenos¹⁰².

La plaga llegó a convertirse en una verdadera pandemia, dado que se extendía con enorme rapidez entre la población, simplemente por el contacto interpersonal y por la contaminación de la ropa de las víctimas. De ahí, la enorme celeridad que tenían las personas por hacer desaparecer los cadáveres de los caídos, y de quemar sus prendas, para así eliminar la peste de cualquier posible foco de infección.

Además, los efectos de la plaga se multiplicaron, debido a que unos años antes, en torno al 240¹⁰³, Egipto, el gran distribuidor de grano del Imperio, había sufrido una epidemia de langosta que había provocado una enorme carestía de cereal¹⁰⁴. Por

93. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 174.

94. TIRADRITTI, Francesco: «The cenotaph of Harwa: archaism and innovation», *Egyptian Archaeology*, 43 (2013), pp. 17-21.

95. BLANCHARD, Philippe, et alii: «A mass grave from the catacomb of Saints Peter and Marcellinus in Rome, second-third century AD», *Antiquity*, LXXXI, 314 (2015), pp. 1098-1099.

96. RIC, IV, 3; Orosio, VII, 21, 5-6.

97. SCHLUMBERGER, Jörg, A: *Die Epitome de Caesaribus*, München, C.H. Beck, 1974.

98. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, IV, 29.

99. BOWMAN, Alan – GARNSEY, Peter – CAMERON, Averil. (Ed.): *Cambridge Ancient History XII: the crisis of empire, AD 193-337*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 46.

100. HARPER, Kyle: *Op. Cit.*, p. 174.

101. Zósimo, I, 46; *Historia Augusta, Vita Claudii*, 12,2; Eutropio, 9, 11; y Zonaras, 12,26.

102. George Kedrenos, *Chronicon*.

103. HARPER, Kyle: «People, plagues and prices in the roman world: the evidence from Egypt», *The Journal of Economic History*, LXXVI, 3 (2016), p. 816.

104. SHERMAN, Irwin, W: *Op. Cit.*, p. 126.

tanto, la población no solo tuvo que afrontar una pandemia de enorme virulencia, sino que, también, lo tuvo que hacer en unos niveles de subsistencia enormemente críticos que llevaron incluso posiblemente al emperador a fortificar Roma para evitar que entrara la pandemia¹⁰⁵. De hecho, en Egipto, según una crónica, sembró tanta destrucción, como ninguna otra plaga antes¹⁰⁶, cuyo efecto se hizo notar, claramente, en la bajada real de los salarios entre los años 242 y 292¹⁰⁷.

La principal fuente para conocer el alcance y los efectos destructores de esta pandemia la encontramos en los escritos de Cipriano de Cartago, obispo norteafricano, y gran erudito cristiano, que, sin ser médico, nos ha sido capaz de narrar, con todo lujo de detalles, los dolorosos síntomas y las secuelas que dejaba la enfermedad a toda persona a la que atacaba.

Según Cipriano¹⁰⁸, la pestilencia provocaba que:

«la fortaleza del cuerpo se disolviese, las entrañas se disipasen de golpe, un fuego profundo provocara heridas en la garganta, los intestinos se agitaran con vómitos continuos, los ojos se incendiaran, por la fuerza de la sangre, en algunos casos, la putrefacción cortara pies y extremidades, y los andares se deterioraran, la audición se bloqueara, y la vista se cegara».

Toda esta pandemia fue, para Cipriano, una prueba de fe con la que alcanzar el martirio y la liberación de la vida terrenal, en la que albergaba únicamente el sufrimiento. Por ello, cualquier dolor sufrido en la tierra era poco si con él se conseguía alcanzar la vida eterna y la justicia divina¹⁰⁹:

«Muchos de nosotros estamos muriendo en esta mortalidad, es decir, muchos de nosotros estamos siendo libres del mundo. Esta mortalidad es una plaga para los judíos y paganos, y enemigos de Cristo; para los siervos de Dios, es una salida saludable... Sin ninguna discriminación, los justos mueren con los injustos... Los justos son llamados a refrescarse, los injustos son llevados a la tortura; la protección se da más rápidamente a los fieles; el castigo a los infieles... Esta plaga y peste, que parece horrible y mortal, busca la justicia de todos y cada uno».

Este anhelo de alcanzar la justicia divina se puede encontrar, también, en otro texto de Cipriano, llamado *Ad Demetrianum*, en el que, a través de un ensayo apologético, el obispo cartaginés se defendía de un comentario de Demetriano, un destacado personaje local¹¹⁰, que culpaba a los cristianos de ser los únicos responsables de la ira divina, por su carácter negacionista a realizar sacrificios en honor a los dioses paganos, y, por ello, como castigo, haber provocado el envío de la peste como condena divina.

105. Orosio, VII, 21, 5-6.

106. Zósimo, I, 26, 2.

107. RATHBONE, Dominic, W: «Prices and Price formation in roman Egypt», in ANDREAU, Jean – BRIANT, Pierre – DESCAT, Raymond. (Eds.): *Économie antique: Prix et formation des Prix dans les économies antiques*, Saint-Bertrand-de-Comminges, Musée archéologique départemental, 1997, p. 216.

108. Cipriano de Cartago, *De Mortalitate*, 14.

109. SHERMAN, Irwin, W: *Op. Cit.*, p. 127.

110. PRICE, Simon: «Latin Christian apologetics: Minucius Felix, Tertullian and Cyprian», in EDWARDS, Mark – GOODMAN, Martin – PRICE, Simon. (Eds.): *Apologetics in the roman empire. Pagans, jews, and christians*, New York, Oxford University Press, 1999, p. 113.

La respuesta de Cipriano en su carta es muy clara y, a la vez, resume perfectamente la actitud central de la comunidad cristiana durante los tiempos, en los que estuvo presente la peste puesto que para Cipriano, mientras que la salvación solo sería conseguida por los cristianos, dado que se habían mantenido rectos en la fe, los paganos, en cambio, morirían en el olvido, debido a su falta de creencia y rechazo a Cristo¹¹¹:

«Tú acusas del crimen de la peste y la enfermedad, aunque por la propia peste y la enfermedad se detectan o aumentan los crímenes de los individuos, mientras que la misericordia no se muestra, los débiles, la avaricia y la rapiña esperan, con la boca abierta, a los muertos».

Según Poncio de Cartago, los efectos de la peste tenían un inicio agudo, y día a día se llevaban a innumerables personas; incluso, hasta a todos los ocupantes de una casa¹¹², dado que poseía una *ratio* de población afectada que podía llegar desde los cuarenta hasta los ochenta años¹¹³.

Su difusión se desarrolló desde el sudeste norteafricano hasta el noroeste del Imperio. E invirtió, según Kyle Harper, los niveles de estacionalidad habituales, puesto que el foco de muerte fue indiscriminado ambientalmente, entre el otoño y el principio de verano, y afectó a toda la población por igual, pudiendo propagarse, según la *Excerpta Salmasiana II*, por múltiples vías, desde que un enfermo te echara una mirada, te llegase un aire contaminado por la peste, o el germen quedase pegado a la ropa¹¹⁴.

Hay que señalar, además, que se culpó mucho a los cristianos por el trato benevolente que tenían con los afectados, puesto que, durante el tiempo que duró la pandemia, surgió un grupo de cristianos en Alejandría llamado «los parabolanos»¹¹⁵ que pusieron en riesgo su salud por cuidar a los enfermos dispersos por toda la ciudad que requerían de asistencia, y también retiraron de las calles y las casas, los cadáveres de los fallecidos¹¹⁶. Por ende, mientras que los paganos huían, a causa del miedo a contagiarse, los cristianos, trataban de ayudar a los enfermos, siempre y cuando pudieron, y no los dejaban abandonados a su suerte; situación, que pudo convertirse en un efecto de propagación del virus, dado que,

111. KEARNS, Amber Lynn: *Op. Cit.*, p. 15. Sobre el culpable del origen de la plaga, Arnobio de Sicca, también, escribe lo siguiente: «Que una plaga fue traída a la tierra después de que la religión cristiana vino al mundo, y después de ello reveló los misterios de la verdad oculta. Pero, las pestilencias, dicen mis oponentes, y las sequías, guerras, hambrunas, langostas, ratones y granizos, y otras cosas hirientes, por las cuales la propiedad de los hombres es asaltada, los dioses traen sobre nosotros, indignados, como están, por tus malas acciones y por tus transgresiones»; Arnobio, *Adversus Gentes*, I, 3.

112. Poncio de Cartago, *Vita Cypriani*, 9.

113. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, VII, 21.

114. *Ibidem*, 232.

115. «Los temerarios».

116. «Todos estaban horrorizados, lloraban, trataban de evitar el contagio, abandonaban a sus familiares sin piedad, como si, lejos del moribundo, pudieran escapar de la muerte. Estaban tendidos dentro de la ciudad, a lo largo de los caminos, ya no eran cuerpos humanos, sino que apilaban cadáveres, pidiendo, en vista del destino común, la piedad de los viajeros. A nadie le importaba nada excepto la ganancia cruel; nadie se asustaba de que una herida así cayera sobre él; nadie hacía a los demás, lo que él quería que le hicieran a él»; CIPRIANO: *La unidad de la iglesia: el padrenuestro a Donato* (trad. C. Failla y J. Pascual Torró), Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 1991, p. 23.

en la antigüedad, no existía ningún tipo de cultura para/con el tratamiento de los gérmenes, y muchos de ellos, es posible, que propagasen la enfermedad en sus ropajes o acabasen siendo contagiados por los enfermos a los que cuidaban.

Los efectos de la pandemia tuvieron que ser funestos, igualmente, para la salud de los sanos, no solo física, sino anímica, dado que, según Dionisio de Alejandría, los jóvenes parecían igual de envejecidos que los ancianos de la generación anterior¹¹⁷, y la población de la ciudad se había visto disminuida en torno a un 60%, cifra que lleva a Harper a considerar que, de 500 000 habitantes que tenía Alejandría antes de la plaga, tras ella solo sobrevivieron 200 000¹¹⁸.

El razonamiento que se puede obtener del supuesto anterior es que la pandemia no solo estaba dejando un reguero de sangre en el que, según un historiador, morían 5 000 personas al día en Roma¹¹⁹, y en el que Macedonia y Tracia habían quedado despobladas¹²⁰, sino que también estaba provocando que los pocos supervivientes estuviesen mal alimentados en un momento de gran crisis económica como la que estaba afrontando el Imperio durante el siglo III debido a la escasez de las reservas de grano egipcio y norteafricano y a su vez estaba debilitando el sistema inmune de la población, lo que la convertía en un sujeto mal capacitado para un futuro enormemente incierto.

Este último factor alimenticio como un posible agente beneficioso para la gran dureza con la que la peste asoló el Imperio, se puede apreciar, incluso, en un oráculo profético sibilino que resume todos los acontecimientos del siglo III como un tiempo lleno de guerras, hambrunas y plagas¹²¹.

De hecho, llegó a ser tal la situación que incluso Zósimo nos cuenta que las presiones de los bárbaros parecieron más llevaderas una vez llegó la plaga, y provocó que un gran número de ciudades quedaran desiertas¹²².

Entre los diagnósticos que se han barajado como causantes de la pandemia se encuentran el cólera, el tífus, el sarampión¹²³, o la viruela. Sin embargo, sus posibilidades son realmente muy remotas, dado que la peste de Cipriano, según *De Laude Martyria*, era una enfermedad que no se había dado antes en el Imperio¹²⁴, por lo que muy posiblemente tuvo que ser una fiebre hemorrágica vírica provocada por un filovirus como el Ébola, en un estado primario o inicial al entrar en contacto

117. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, VII, 21.

118. *Idem*.

119. *Historia Augusta, Gallus*, 5, 5.

120. Zósimo, I, 46.

121. POTTER, David, S.: *Prophecy and history in the crisis of the roman empire: a historical commentary on the thirteenth Sibylline Oracle*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

122. Zósimo, I, 37, 3.

123. MCNEILL, William, Hardy: *Plagas y pueblos*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1984, pp. 117-118.

124. Cipriano de Cartago, *De Laude Martyria*, 8, 1: «¿No vemos los ritos de la muerte todos los días? ¿No estamos presenciando extrañas formas de morir? ¿No contemplamos los desastres de algún tipo de plaga desconocida anteriormente, provocados por enfermedades furiosas y prolongadas? ¿Y la masacre de ciudades destruidas, de donde podemos reconocer la gran dignidad que hay en el martirio, a cuya gloria incluso la peste está empezando a obligarnos?».

un humano con un murciélago o roedor, según Kyle Harper¹²⁵, puesto que la mayoría de sus síntomas coinciden con los descritos por Cipriano de Cartago: fiebres altas, diarrea con sangrado, pérdida de energía, vómitos, dolor abdominal, dolor de garganta y úlceras esofágicas, ojos inyectados en sangre, putrefacción de las extremidades, y unos niveles de contagio sumamente elevados, que hacían transmisible el virus de manera rápida de persona a persona por medio de los fluidos personales, la orina, los excrementos, la mucosa o el semen, lo que lo convertían en sumamente fácil de propagarse, como bien nos relatan las fuentes, puesto que, además, podía sobrevivir durante días en el cuerpo de los fallecidos¹²⁶, lo que hacía necesaria la quema de los cadáveres para contener la enfermedad, dado que la incidencia de la mortalidad llegó a situarse, posiblemente, entre el 40 y el 70% de las personas infectadas¹²⁷.

Esta alta letalidad, que presentaba la enfermedad entre los contagiados, hizo que muchos cristianos dejaran de buscar esperanza en la curación física de sus cuerpos¹²⁸ y se centraran en obtener una sanación espiritual que, en muchas ocasiones, era sobrevenida la muerte. Por ello, Cipriano, en su obra *De Mortalitate*¹²⁹, alentó a la comunidad cristiana a mantenerse firme en su fe durante la pandemia y consoló a los temerosos¹³⁰ a que durante la plaga no había cabida para el miedo o la ansiedad,¹³¹ puesto que si un cristiano tenía fe no debía perturbarle nada¹³².

Ciertamente, no sabemos si estas palabras tuvieron el alcance positivo deseado por Cipriano. Sin embargo, seguro que sirvieron de bálsamo para hacer más llevadera la vida a los cristianos y también a algunos paganos indecisos en tiempos de zozobra puesto que gracias a este tipo de discursos benevolentes, el cristianismo experimentó durante la peste un crecimiento religioso sin precedentes que, unido a la presión de los bárbaros, la escasez de los recursos alimenticios, la gran mortalidad de la población y el enfriamiento del clima tuvieron que parecer a los antiguos un verdadero consuelo ante un fin del mundo inminente¹³³.

125. HARPER, Kyle: *El fatal destino de Roma...*, p. 180.

126. SCHOTSMANS, Van de Vijver et alii: «Interpreting lime burials. A discussion in light of lime burials at St. Rombout's cemetery in Mechelen, Belgium (10th-18th centuries)», *Journal of Archaeological Sciences*, 3 (2015), p. 465.

127. KEARNS, Amber Lynn: *Op. Cit.*, p. 50.

128. MURPHY, Edwina: *Op. Cit.*, p. 88.

129. «Los cristianos permanecen firmes en medio de los estragos de la muerte, como una roca, que rompe las olas en medio de las tormentas, y no se deja romper por la tormenta. Hay algunos, sin embargo, cuya ternura es demasiado suave, o cuya fe es demasiado incierta; él elevará su valor»; FABRE, Timothée: *Saint Cyprien et l'église de Carthage*, Angers, Imprimerie de Cosnier et Lachèse, 1847, p. 46.

130. «Más bien, queridos hermanos, preparémonos con corazón puro, fe inquebrantable y coraje robusto para cada deseo de Dios; cerrando el miedo a la muerte, contemplemos la inmortalidad que le sigue. Demostremos que esto es lo que creemos, para no lamentar la partida de nuestros seres queridos, y que, cuando llegue el día de nuestra propia convocatoria, acudamos al Señor, a su llamada, con alegría, y sin vacilar»; Cipriano de Cartago, *De Mortalitate*, 18.

131. *Ibidem*, 8.

132. MURPHY, Edwina: *Op. Cit.*, p. 88.

133. Cipriano de Cartago, *De Mortalitate*, 16-24.

CONCLUSIÓN

En definitiva, la «Peste Cipriana» no supuso el final del mundo antiguo. De hecho, el Imperio romano siguió activo hasta, por lo menos, el 476 d.C. como un ente dividido. Sin embargo, debemos tener presente la enorme implicación histórica que tuvo la plaga para el devenir social y político del Estado romano, puesto que, tras su impacto en la sociedad, en el año 249, el Imperio dejó de ser tan potente, como lo fue en antaño, dado que sufrió una serie de cambios durante el siglo IV, como la expansión del cristianismo, la reducción demográfica o la inestabilidad política y económica sufridas durante el siglo III.

Sin embargo, ciertamente resultaría un error decir que la peste fue la única culpable de todos estos desmanes a gran escala. No obstante, sin duda, se convirtió en un factor importante para el devenir crítico de la resistencia del Imperio, en el que, tanto el clima, como la política o la economía, tuvieron un peso sustancial.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFANI, Guido, and MURPHY, Tommy, E.: «Plague and lethal epidemics in the pre-industrial world», *The Journal of Economic Studies*, LXXVII, 1 (2017), pp. 314-343.
- ALFÖLDY, Géza: «The crisis of the third century as seen by contemporaries», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 1, 15 (1974), pp. 89-111.
- ARCHI, Alfonso: «La peste presso gli ittiti», *Parola del Passato*, 171 (1978), pp. 81-89.
- BERNABÉ PAJARES, Alberto & ÁLVAREZ-PEDROSA NÚÑEZ, Juan Antonio: *Historia y leyes de los hititas: textos del Reino Medio y del Imperio Nuevo*, Madrid, Editorial Akal, 2000.
- BLANCHARD, Philippe, et alii: «A mass grave from the catacomb of Saints Peter and Marcellinus in Rome, second-third century AD», *Antiquity*, LXXXI, 314 (2015), pp. 1098-1099.
- BRENT, Allen: *A political history of early christianity*, New York, T&T Clark, 2009.
- BOWMAN, Alan – GARNSEY, Peter – CAMERON, Averil. (Eds.): *Cambridge Ancient History XII: the crisis of empire, AD 193-337*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- CAMPENHAUSEN, Hans Von: *Os pais da igreja*, Rio de Janeiro, CPAD, 2011.
- CÈBE, Jean-Pierre: «Les lectiscernes republicains», dans LAURENS, Annie-France: *Entre hommes et dieux: le convive, le héros, le prophète*, Paris, Les Belles Lettres, 1989, pp. 27-40.
- CHILDS KOHN, George. (Ed.): *Encyclopedia of plague and pestilence: from ancient times to the present (third edition)*, New York, Facts on File, 2008.
- CLIFFORD FRIEND, William Hugh: «St. Cyprian: Christian theologian and bishop (died 258)», *Britannica*, 2020.
- DAGNINO SEPÚLVEDA, Jorge: «¿Qué fue la plaga de Atenas?», *Revista Chilena de Infectología*, XXVIII, 4 (2011), pp. 374-380.
- DA SILVA SOARES, Carolline: *Separando a Palha do Bom Grão: autoridade episcopal e disciplina eclesiástica em Cartago segundo o testemunho de Cipriano (século III d.C.)*, Universidade Federal do Espírito Santo, 2016.
- DUNCAN JONES, Richard Phare: «The impact of the antonine plague», *The Journal of Roman Archaeology*, 9 (1996), pp. 108-136.
- ECHIVARRÍA, José Manuel: «El fatal destino de Roma: crónica histórica a propósito de algunos libros recientes», *Historia de la virología*, XXI, 1 (2019), pp. 16-22.
- FERNGREN, Gary, B: *Medicine and health care in early christianity*, Baltimore, Johns Hopkins University, 2009.
- GOZALBES CRAVIOTO, Enrique & GARCÍA GARCÍA, Inmaculada: «Una aproximación a las pestes y epidemias en la antigüedad», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, XXVI (2013), pp. 63-82.
- GILLIAM, James Frank: «The plague under Marcus Aurelius», *The American Journal of Philology*, LXXXII, 3 (1961), pp. 225-251.
- HARPER, Kyle: «People, plagues and prices in the roman world: the evidence from Egypt», *The Journal of Economic History*, LXXVI, 3 (2016), pp. 803-839.
- _____. *El fatal destino de Roma: cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*, Barcelona, Crítica, 2019.
- JENKINS, Clinton – PIMM, Stuart L. – JOPPA, Lucas, N.: «Global patterns of terrestrial vertebrate diversity and conservation», *Proceedings of the National Academy of Science*, XXVIII, 110 (2013), pp. E2602-E2610.
- JUST, Bryan: «Historic plagues and Christian responses: lessons for the church today?», *Christian Journal for Global Health*, VII, 1 (2020), pp. 7-12.

- KEARNS, Amber Lynn: *A plague in a crisis: differential diagnosis of the Cyprian Plague and its effects on the roman empire in the third century ce*, The University of Arizona, 2018.
- KOVALIOV, Serguei Ivanovich: *Historia de Roma* (3), Buenos Aires, Editorial Futuro, 1959.
- LE DANTEC, Felix Alexandre: «Plague» (trad. W. C. Rucker, P. A. Surgeon, U.S.P.H and M.H.S.), *California State Journal of Medicine*, VI, 7 (1908), pp. 239-244.
- LO CASCIO, Elio: «Fra equilibrio e crisi», in MOMIGLIANO, Arnaldo, e SCHIAVONE, Aldo: *Storia di Roma*, II, 2, Torino, Einaudi, 1991, pp. 701-731.
- LORENTE MUÑOZ, Mario: «Estudio de la apostasía en la obra de Cipriano de Cartago: el caso de Basíledes y Marcial, un suceso perteneciente a las persecuciones religiosas», *Historia Digital*, XIX, 33 (2019), pp. 177-206.
- LORENTE MUÑOZ, Mario: *Las persecuciones contra cristianos de Decio y Valeriano: dos conflictos generales previos a la Gran Persecución de Diocleciano*, Murcia, Mario Lorente Muñoz Editor, 2020.
- MCNEILL, William, Hardy: *Plagas y pueblos*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1984.
- MURPHY, Edwina: «Death, decay and delight in Cyprian of Carthage», *Scrinium*, 15 (2019), pp. 79-88.
- OLSON, Roger: *Historia de teologia cristã*, São Paulo, Vida, 2001.
- PENNIMAN, John David: ««The health-giving cup»: Cyprian's Ep. 63 and the medicinal power of eucharistic wine», *Journal of Early Christian Studies*, XXIII, 2 (2015), pp. 189-211.
- PETIT, Paul: *Histoire générale de l' Empire romain. 2. La crise de l' Empire (des derniers Antonins à Dioclétien)*, Paris, Seuil, 1978.
- POTTER, David, S.: *Prophecy and history in the crisis of the roman empire: a historical commentary on the thirteenth Sibylline Oracle*, Oxford, Clarendon Press, 1990.
- PRICE, Simon: «Latin Christian apologetics: Minucius Felix, Tertullian and Cyprian», in EDWARDS, Mark – GOODMAN, Martin – PRICE, Simon (Eds.): *Apologetics in the roman empire. Pagans, jews, and christians*, New York, Oxford University Press, 1999, pp. 105-129.
- RATHBONE, Dominic: «Prices and Price formation in roman Egypt», in ANDREAU, Jean – BRIANT, Pierre – DESCAT, Raymond (Eds.): *Économie antique: Prix et formation des Prix dans les économies antiques*, Saint-Bertrand-de-Comminges, Musée archéologique départemental, 1997, p. 216.
- RÉMONDON, Roger: *La crisis del Imperio romano: de Marco Aurelio hasta Anastasio*, Barcelona, Labor, 1967.
- ROSTOVITZ, Mijaíl: *Social and economic history of the roman empire*, New York, Oxford University Press, 1926.
- SÁEZ GEOFFROY, Andrés & PARRA DÍAZ, Joel: «De la Peste Antonina a la Peste de Cipriano: alcances y consecuencias de las pestes globales en el Imperio romano, en el siglo III», *Revista Chilena de Infectología*, XXXVII, 4 (2020), pp. 350-355.
- SCHLUMBERGER, Jörg, A.: *Die Epitome de Caesaribus*, München, C.H. Beck, 1974.
- SCHOTSMANS, Van de Vijver et alii: «Interpreting lime burials. A discussion in light of lime burials at St. Rombout's cemetery in Mechelen, Belgium (10th-18th centuries)», *Journal of Archaeological Sciences*, 3 (2015), pp. 464-479.
- SHERMAN, Irwin, W.: *The power of plagues*, California, ASM Press, 2006.
- TILLEY, Maureen, A.: *The Bible in Christian North Africa: the donatist world*, Minneapolis, Fortress Press, 1997.
- TIRADRITTI, Francesco: «The cenotaph of Harwa: archaism and innovation», *Egyptian Archaeology*, 43 (2013), pp. 17-21.

Sumarios de la revista

2020	33	2002	15
2019	32	2001	14
2018	31	2000	13
2017	30	1999	12
2016	29	1998	11
2015	28	1997	10
2014	27	1996	9
2013	26	1995	8
2012	25	1994	7
2011	24	1993	6
2010	23	1992	5
2009	22	1991	4
2008	21	1990	3
2006-2007	19-20	1989	2
2004-2005	17-18	1988	1
2003	16		

Artículos

- 13** SOLEDAD MILÁN QUIÑONES DE LEÓN
Redes de contacto e intercambios entre Anatolia, el Egeo y la isla de Creta en el Bronce Antiguo
- 33** JOSÉ LUIS ALEDO MARTÍNEZ
Cirenaica durante la coyuntura post-alejandrina
- 53** ENRIQUE GIL ORDUÑA
Rusaddir-Akros: una valoración del antiguo enclave de Melilla
- 89** MARCELO EMILIANO PERELMAN FAJARDO
El estatus dependiente del colono romano en los contratos de arrendamiento: análisis de las fuentes jurídicas
- 109** PILAR FERNÁNDEZ URIEL
Análisis de una personalidad femenina de la dinastía Flavia: Julia Flavia Titi
- 129** MILAGROS MORO IPOLA
El uso de la imagen de niños y adolescentes en la numismática romana de época imperial. Algunos casos
- 157** FERNANDO BLANCO ROBLES
Las fórmulas epigráficas *pius (in) suis et carus (in) suis*, ¿indicadores de dependencia personal?
- 181** NARCISO SANTOS YANGUAS
La dedicatoria a Evedutonio Barciaeco y las explotaciones auríferas del distrito romano de Naraval (Tineo, Asturias)
- 199** BRUNO P. CARCEDO DE ANDRÉS
Epigrafía de Cubillejo de Lara (Burgos)
- 219** MARIO LORENTE MUÑOZ
La «Peste de Cipriano»: la primera gran pandemia de la Antigüedad Tardía (249-270)
- 243** ALMUDENA ALBA LÓPEZ
Libertad religiosa y libertad del acto de fe: el arbitraje de Constantino en los primeros conflictos cristianos de su tiempo (311-324)

- 263** ALEJANDRO DEL VALLE
Psicología histórica y materialismo histórico: la categoría «valor», obstáculos epistemológicos y la propuesta estructuralista

Reseñas

- 289** CASADO RIGALT, Daniel: *Iberia colonizada. Revisión y síntesis de la protohistoria peninsular* (MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ)
- 293** IRIARTE, Ana: *Feminidades y convivencia política en la antigua Grecia* (REBECA ARRANZ SANTOS)
- 297** FERNÁNDEZ VEGA, Pedro Ángel: *La sombra de Aníbal: liderazgo político en la República clásica* (MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ)
- 301** LE BOHEC, Yann: *La vie quotidienne des soldats romains à l'apogée de l'Empire, 31 avant J.-C. – 235 après J.-C.* (SABINO PEREA YÉBENES)
- 305** ANDREU PINTADO, Javier (ed.): *Parva oppida. Imagen, patrones e ideología del despegue monumental de las ciudades en la Tarraconense hispana (siglos I a. C.-I d. C.)* (JOSÉ MARÍA CARRASCO LÓPEZ)
- 309** MORO IPOLA, Milagros: *Cosas de la edad: la adolescencia en la antigua Roma* (MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ)
- 313** DE LA ESCOSURA BALBÁS, María Cristina – DUCE PASTOR, Elena – GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, Patricia – RODRÍGUEZ ALCOCER, María del Mar – SERRANO LOZANO, David (eds.): *Blame it on the Gender. Identities and transgressions in Antiquity* (UNAI IRIARTE)
- 319** NIETO IBÁÑEZ, Jesús María, *Historia antigua del cristianismo* FERNANDO BERMEJO RUBIO)
- 327** RESTA, Mario: «Cristo vale meno di un ballerino?» *Danza e musica strumentale nel vissuto dei cristiani di età tardoantica* (RAÚL GONZÁLEZ SALINERO)
- 331** SERRANO MADROÑAL, Raúl: *Los circunceliones: fanatismo religioso y descontento social en el África tardorromana* (ESTHER SÁNCHEZ MEDINA)